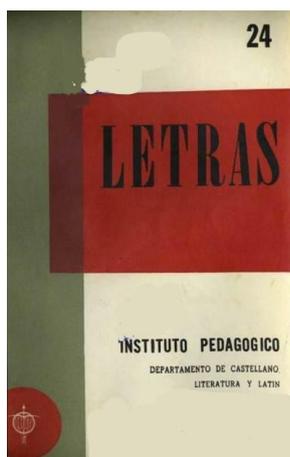


TRES MOMENTOS DE LA GRAMÁTICA EN NUESTRA ESCUELA MEDIA

José Santos Urriola

Profesor y escritor venezolano. En 1964 ingresó como profesor del Instituto Pedagógico de Caracas. Fue miembro fundador de la Universidad Simón Bolívar. En esta casa de estudios formó parte del primer Departamento de Lengua y Literatura. También participó en la definición y el diseño de los Estudios Generales. Además, fue columnista de los periódicos *El Nacional* y el *Diario de Caracas*. En reconocimiento a su labor en la fundación de la USB se le confirió el título de doctor honoris causa post mortem el 21 de enero de 1997. Asimismo, al concurso universitario de cuentos auspiciado anualmente por el Decanato de Estudios Generales se le bautizó con su nombre.

Artículo publicado en:



Revista *LETRAS* N°24 (1968).

Departamento de Castellano, Literatura y Latín
Publicaciones del Centro de Estudios Andrés Bello

1) El dómine — que no sabe latín pero se empeña en latinizar el castellano con procedimientos de cómitre— mantiene encastillado en heroicidades dignas de mejor causa todos sus apolillamientos del siglo diecinueve. Quizás en reverso de tanta soberbia haya apenas un poco de frustración. No se estima al pedagogo en estas sociedades semibárbaras que proclaman el triunfo de los hombres machos. El maestro de escuela — expresión peyorativa hasta el sarcasmo— no pasa de ser una especie de liberto, a quien se entregan los mocosos para que no molesten demasiado. De ahí que el preceptor se aferre de sus polvorientos libros, como si de



ellos dependiera para tenerse en pie. Él sabe lo que otros — coroneles y doctores— ignoran. Conoce la capital del Reino de Montenegro, el número de habitantes de Austria-Hungría, la clasificación de las plantas de Linneo, el teorema de Pitágoras y las leyes que pautan la expresión entre las gentes distinguidas de la Corte, como se regodea — con gusto de iniciado— en llamar a Madrid.

Para este acartonado profesor no hay ninguna duda en cuanto a enseñanza del lenguaje se refiere. Todo lo útil, lo bueno, y lo bello se encuentra en la gramática oficial, que — como es sabido— resume y rezuma el arte de hablar y escribir correctamente el idioma. Bastará, pues, que los muchachos aprendan a recitar las reglas del texto, para que obre en ellos el milagro de convertirse en chispeantes a la vez que sesudos cultiparlos, y escritores de “castigada prosa”, bien espesa de ideas. Pero como natura non facit saltus— cf. páginas rosadas del Pequeño Larousse Ilustrado—, nuestro educador se encarga de graduar la vivificante luz de la gramática en beneficio de las mentes que cultiva. Para los primeros grados, el epitome de la Real Academia Española. Cursos medios, Edelvives o FTD. Superiores: G. M. Bruño. Con semejante tratamiento, ya a las alturas de bachillerato, el cerebro juvenil madura rápidamente para entrar sin desmayos en el estudio del manual académico, que es puerta verdadera de la sabiduría.

Andrés Bello merece una reverencia displicente. Andrés Bello, por desgracia, crea problemas. Razona demasiado y hasta se pierde por vagarosas consideraciones, en lugar de imponer un criterio de autoridad, sana y tajantemente. Resulta, además, harto dificultoso el manejarlo. Peor aun cuando se atraviesan, con letra menuda, las notas del señor Cuervo, sus reflexiones que no vienen al caso y sólo contribuyen a enredar... La Gramática — con mayúscula— no anda pensando mucho, sino que llama al pan pan y al vino vino. Sienta sin palabrerío lo que está bueno y lo que está malo. Fija conceptos y normas que cortan cualquier conato de duda con la efectividad de un machetazo... Para eso, indudablemente, no sirve Andrés Bello. Y como no sirve, quede el esclarecido varón donde menos perjuicios cause y no venga a fomentar disturbios en el aula. Siga, pues, en su estatua de la Plaza de Capuchinos —circundado de arrullos y aleteos—, frente a San Juan Bautista. Alábesele, que es justicia, en las conmemoraciones y solemnidades

Camino a Letras 100



patrias. Dése el nombre de Bello a parques y avenidas, si ello complace el orgullo nacional. Pero manténgasele, por favor, en los olimpos públicos, sin que enturbie con sus disquisiciones la sosegada, pulcra y rectilínea pacatería de nuestra gramática escolar.

Salvado de perturbadoras dubitaciones, el joven podrá ser iniciado en la esotérica sabiduría que distingue lo dulce de lo ponzoñoso por la dilatada heredad del lenguaje. Se le impondrá del almidonado culto de la Corrección, que exige el diario sacrificio de toda espontaneidad. Sobre su lengua de hoy le serán impresos — como con hierro al rojo— desgarrados calcos de Cervantes. Una verdadera manía de casticismo cunde por las oficinas del gobierno y apelmaza inocuidades que presumen de escritores.

Pero pocos son — para infortunio de nuestro pedagogo— quienes soportan los rigores de la regla. Sólo unos cuantos logran salir airosos en la repetición del epítome o del académico manual. Y en verdad, los menos, a la postre, brillan engalanados por las luces de la palmatoria que pule, fija y da esplendor.

Los más, que constituyen el vulgo, el montón anónimo, la ignara muchedumbre, continúan charlando en su dialecto criollo de la vigésima centuria, de espaldas al castellano de la corte y con desconsiderado olvido de las pautas que orientaron el gay trinar durante los siglos de oro. Como si fuera poco, los escritores cierran sus oídos a las conminaciones de quienes están en el deber de amonestarlos. No les asusta que se les tachen, con furibunda energía, sus infames barbarismos. Y hasta parece que se regocijaron en mostrar, sin pudor, los peores vicios del lenguaje.

Para peores penas, repuntan aquí y allá brotes anarquistas que denuncian — voz en cuello— la inutilidad de la gramática. Lo cual enfebrecce la apacible sangre de los viejos preceptores — que a veces no pasan de los cuarenta años— y los empuja a tomar armas para morir combatiendo en defensa de su lengua materna. Entonces redoblarán la vigilancia en el aula. Patrullarán el patio de recreo y las callecitas adyacentes a la escuela, para asearlas de impurezas y ponerlas a resplandecer de acuerdo con las especificaciones de la prosodia y la ortografía.

Camino a Letras 100



No importa que, en otra parte, un caballero llamado Ferdinand de Saussure demuela el dos veces milenario templo de la gramática tradicional. Aquí, por lo menos, bajo el sol delirante del trópico, nos queda un alumno que, con su mal afinada voz de adolescente, enumera las partes de la oración en el trozo lleno de escollos y erizado de trampas, compuesto por el magister para probar la pupila del muchacho. Antes ha realizado el promisor estudiante un “análisis lógico”, sin confundir el complemento directo con el indirecto, ni éste con el circunstancial, pese a que los tres llevaban la preposición a.

2) Hace unos veinte años — diez, más o menos, de fundado el Instituto Pedagógico— las cosas comienzan a cambiar en materia de enseñanza del lenguaje. El nombre de Saussure — ¡cuya obra se publica en 1916! — se vuelve familiar para los jóvenes profesores y estudiantes de entonces, gracias a la buena nueva de Ángel Rosenblat. Llegan entonces los primeros tomitos de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña. No falta quien se asombre — y hasta se escandalice — porque el estudio de la lengua comienza allí por la oración en lugar de hacerlo por el artículo, como siempre se hizo. No deja de resultar sorprendente la participación que se concede al alumno en el trabajo escolar. Tanto, que más de un profesor ve amenazado el papel estelar que representa ante su boquiabierto público infantil. Pasma, por último, que gente como Alonso se fundamente en Bello, sin desdoro de la actualidad científica. Y algunos se aterrorizan de que don Andrés regresara para barrerlos con todo y sus anacronismos.

Sin embargo, por mucho que se comprometan en la renovación los jóvenes, no menguan los fueros de la venerable rutina. Muchos de los imberbes apóstoles sucumben ante las dificultades, la incomprensión, la falta de aliento o el cómodo reclamo de la ley del menor esfuerzo. Utilizar el libro de Alonso y Henríquez como si fuera el epítome, o se acogen al “texto adaptado al programa” que no disimula sus fines de lucro.

Pero otros velan, y hasta se desvelan, en el estudio de las ciencias del lenguaje y de las nuevas técnicas de enseñar. El trabajo es arduo y no ofrece recompensas. Para tantos, profesionales de la docencia inclusive, el castellano es “paja”. Algo inconsistente y flojo que no merece la menor consideración. Curioso,

Camino a Letras 100



por ejemplo, de que un mozo de talento como Luis Quiroga quemara pestañas estudiando a Charles Bally o leyendo informes fragmentarios sobre el Instituto de Sévres.

En 1962, tras una década de experiencia en el Liceo de Aplicación, Caracas, cuatro profesores de castellano y literatura presentan a un grupo de colegas de su especialidad una breve ponencia. Se trata de un trabajo sobre la enseñanza del idioma en el primer ciclo de media. Intentan unificar — provisionalmente, se entiende— algunos contenidos teóricos de las asignaturas. Buscan una terminología común como fundamento de empresas menos anárquicas. Apuntan recomendaciones metodológicas. Precisan, a grandes rasgos, ciertos principios de evaluación, para no dejarlo todo librado a la escalofriante aventura de medir con tres preguntas el esfuerzo de un año lectivo.

Los autores de la ponencia, que lleva el modesto título de “Algunos problemas de la enseñanza del castellano”, son Luis Quiroga Torrealba, Josefina Falcón de Ovalles, Armando Martínez Peñuela y Félix José Poleo. La asistencia al coloquio fue considerable. Un grupo no muy numeroso, por cierto, midió desde el principio los alcances del trabajo y le dio su apoyo con la mejor fe. La mayoría oscilaba entre el entusiasmo y la reserva. Unos llegaron, en cambio cargados de escepticismo, rebosantes de gramatiquería. Oyeron con sonrisa de condescendiente superioridad aquellas novedades. Luego levantaron, dispuestos a deshacer con sus tacones tanta invención ilusa. Esgrimieron citas como si fueran cuchillos... La ponencia fue aprobada. Se publicó, además, a principios de 1963, bajo el patrocinio del Instituto Pedagógico y el Colegio de Profesores de Venezuela.

En “Algunos problemas de la enseñanza del castellano” se ponen varias cosas en orden. El alumno es ahora elemento de primordial categoría. Aprenderá, en lo posible, por sí mismo, a través de fecundo contacto con la realidad. El docente — antes centro del mundillo escolar— pasa a la función de un guía, prudente, discreto, eficaz, que proporciona los medios del aprendizaje y lo orienta con tacto. Ya no se pretende, por otra parte, enseñar gramática. De acuerdo con los contenidos del programa — de los cuales no se puede prescindir legalmente— se distinguen tres áreas: gramática, composición y teoría literaria. Pues bien, ellas se

Camino a Letras 100



organizarán de manera que conduzcan al desarrollo de las facultades del educando hacia las vertientes de hablar y escribir, escuchar y leer. Partimos siempre de un hecho del habla. En consecuencia, la información gramatical surge en función del idioma viviente, del que se escucha en la calle o adquiere la categoría de objeto de arte en la oda y la novela... En pocas páginas “Algunos problemas de la enseñanza del castellano” nos lleva a un plano de fructífero realismo, y levanta los objetivos del docente que no se conforma con hueca pedantería.

En menos de cinco años las proposiciones de “Algunos problemas...” se han convertido en divisa de muchos de los mejores maestros del país. Pero nadie las ha consagrado en artículos de fe. Los propios autores son los primeros en revisar sus conclusiones. En modificar, ensanchándolos, algunos aspectos. En rectificar, mejorando, otros. Y así, aunque toda la obra resulte superada por el tiempo, seguirá constituyendo un hermoso punto de partida para humanizar el estudio de la lengua entre nosotros.

3) A partir de 1964, el Departamento de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico inicia la histórica gestión de acercarnos a las grandes corrientes lingüísticas que conmueven al mundo. Nos visitan Eugenio Coseriu, José Pedro Roña, Luis Jaime Cisneros — invitado por el Departamento de Prácticas Docentes— y Bernard Pottier.

La presencia de tan ilustres visitantes abre nuevas y amplias perspectivas. Pero nos hace, al mismo tiempo, conscientes de problemas que debemos confrontar con entereza, buen tino y mucha fe. Aquí nos referiremos a dos de ellos, casi tomados al azar, simplemente.

El primero —para empezar por cualquier lado—. Un panorama de la lingüística de hoy, por esquemático que sea, nos la muestra en plena ebullición. Hablar de la gramática moderna suena tan disparatado como hablar de la iglesia protestante, cuando se trata de reducir a un solo tono la rica gama del luteranismo. Las gramáticas actuales, corren paralelas, se entrecruzan o se contraponen. ¿A cuál entonces de tales tendencias debe afiliarse el maestro que enseña en la escuela secundaria?... La respuesta resultaría tan difícil como entrever la síntesis



que, según una esclarecida fuente, se operará en el campo gramatical a vuelta de medio siglo.

El otro problema —por tomar uno más, simplemente—. Cualquiera de las gramáticas actuales se encuentra en plena edificación. Absorto en establecer las bases de sus construcciones, el lingüista labora a nivel nada asequible para el hombre medio. Pedirle que se ocupe de la enseñanza del lenguaje en la escuela, sería tan absurdo como haber exigido a Einstein, en 1926, que escribiese un tratadito de física para los gimnasios. Pasarán, es de creer, unos lustros antes de que la gramática nueva se filtre y descienda hasta el liceo. A menos que nos dispongamos a emprender el asunto por nuestra cuenta y riesgo, y nos lancemos —pongamos el caso— a la aventura de adaptar la glosemática ad usum delphini. Con lo cual corremos el albur de que el heredero o causahabiente de Hjemlev desconozca nuestra desinteresada colaboración —en el supuesto de que hubieren noticias de ella—, o modifique su punto de vista antes de que nosotros terminemos nuestra afanosa labor.

El asunto no deja de aparecer como dramático, sí se considera bien. Entonces, ¿qué hacer? Enseñar gramática, de todas maneras, propondrán unos. ¿Pero qué gramática?, replicarán los otros. Porque lo único que sale en claro de todo esto es la absoluta quiebra de la gramática tradicional. No enseñemos gramática, sentenciará uno que no quiere fatigarse en demasía. Pero, ¿no trocamos así en una suerte de artesanía intelectual el estudio del idioma? El gran escritor y el conversador ameno — para rozar posiciones extremas— se desenvuelven y crecen por sí mismos, sin mayores tutelas didácticas Pero el chico ordinario, que pule con aplicación su habla y se esfuerza por captar el mensaje literario, ¿no necesita de que se le abra una visión más dilatada? ¿De algo que lo levante del hecho particular y le muestre el extenso sistema de la lengua, en pleno funcionamiento, para que aproveche sus posibilidades?

Tal vez la solución esté en no enfatizar demasiado sobre los contenidos gramaticales. En usarlos a título de provisionalidad. De simples soportes que pueden trocarse por otros más sólidos en un momento dado. En no apegarse a ellos con excesivo afecto paternal. En este sentido el ejemplo de Luis Quiroga

Camino a Letras 100



resulta por demás elocuente. Renueva lo que es indispensable renovar, tras rigurosa meditación, sin concesiones ni debilidad por su obra anterior. Pues si las soluciones —lo admitimos todos— son de transición, habrán de moverse y no echar raíz para erigirse, otra vez, en mojones que delimitan lo “justo” y lo “injusto”, lo “correcto” y lo “incorrecto”, lo “bueno” y lo “malo” ...

No se trata —ni lo propicia Quiroga— de sembrar aprensiones o inseguridades entre maestros y alumnos. Se trata, sí, de prepararnos para cualquier cambio. Es la única solución. La que adoptaron antes que nosotros los profesores de ciencias. Frente a una física, una química y una biología que cambian a velocidades de cohete, el maestro se volvió cauto y sabio. No aspira a enseñar cosas inmóviles, como aquellas clasificaciones con pretensión de eternidad que antes veíamos. Quiere desarrollar en sus alumnos, la capacidad de reflexión científica frente a los hechos, cualesquiera que sean. Adiestrar en esta forma a los chicos para que reaccionen inteligentemente en cualquier circunstancia. Así de esperar, se comportará el adolescente con agudeza y disciplina, con devoción y generosidad, como correspondería, en lo ideal pero posible, a un hombre de ciencias.

Pues bien, examinando los últimos trabajos de Luis Quiroga Torrealba, hallamos que éste proporciona al educando ciertos procedimientos y recursos usados por el verdadero lingüista. Algo elemental, ciertamente. Pero que abre magníficas ocasiones para entrever metas cada vez más ambiciosas a la enseñanza de la gramática en la escuela secundaria. Hasta ahora nos hemos quedado en simples objetivos de materia — “proporcionar las informaciones de teoría gramatical correspondientes a este curso”—. Hoy, confiando en manos del adolescente —con el debido respeto y sin caricaturas— algunos elementos básicos del arte de investigar, le damos oportunidad de poner un pie en la vasta y apasionante extensión de la lingüística. Aunque sólo sea para descubrir cosas que ya sabemos, pero absolutamente inéditas para el novel investigador. O tal vez para que él nos muestre lo que nuestros encallecidos ojos de adulto se niegan a ver.

En todo caso, un hermoso y tentador ensayo. Un intento en el que puede hallar su justificación y altas finalidades la enseñanza de la gramática en la

Camino a Letras 100



educación media. No se fundará así nuestra aspiración en enseñar contenidos, por buenos que sean. Pues siempre adolecerán de contingencia. El esfuerzo habrá de cimentarse en propósitos más trascendentes: promover y afianzar en el alumno una actitud inteligente y reflexiva frente a su propia lengua. Como quien dice, frente a su propia vida.

Camino a Letras 100



Camino a Letras 100

